

«Cuando algún feo pensamiento me combale voyme a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo; en aquellas duermo seguro, y descanso sin miedo.» (*Audi, filia*, cap. 77. Edición del «Apostolado de la Prensa», t. I, pág. 240. Madrid, 1941). (1)

«Sobre todo, metámonos—dice en la carta a un religioso—; y no para luego salir, mas para morar en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado; que allí en su Corazón partido por nos, cabrá el nuestro y se calentará con la grandeza del amor suyo. Porque ¿quién, estando en el fuego no se calentará, siquiera un poquito? ¡Oh si allí morásemos, y qué bien nos tría!» (*Carta* 74, I, pág. 722).

Tan bellos como los pensamientos anteriores son aquellos otros en que Jesús pide a los hombres que no le midan por la pequeñez y ruindad de ellos:

«No sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el Corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor por de fuera, y Corazón tan herido por lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro.» (*Carta* 21, I, pág. 534).

Muy dentro de él vivió Juan de Avila. Atravesó a toda prisa en su mocedad las salas exteriores del templo del verdadero Salomón, dejó atrás el *Santa* y entróse en el *Sancta Sanctorum*, lugar el más precioso y fin de los otros lugares. Mientras mora allí, regalado con los embriagadores amores del Señor, le preguntan por el *Sancta Sanctorum*, donde se ha escondido, y contesta con este delicado párrafo del *Audi, filia*:

«Y si preguntáis cual sea éste, dígoos que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, verdaderamente santo de Santos. Porque así como El no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar e imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo e imitarlo. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón estaba encerrado más manifiesto, permitió El que, después de muerto, aunque ya no sentía dolor, fuese abierto su Corazón Sagrado, para que como por puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen a entrarse por ella como

(1) Esta edición citamos en el presente estudio.